

ticas razones en que fundan las almas caritativas y los corazones generosos su amor á la monarquía, y la Historia uno de los motivos de más gloria para el primer Borbón, que trazó este Versalles... y para la compañía de los ferrocarriles del Norte, que ha tardado veinticinco años en traer la locomotora á Segovia, y luego que la ha traído chupa once pesetas sesenta y cinco céntimos de todo cuerpo humano que aquí viene á respirar...

Pero es lo que dirán los sabios católicos, alabando la providencia de Dios: Si no existiese La Granja, ó no se gastasen en su conservación tantos millones, ó la pleve invadiese estos jardines con la baratura del transporte, ¿qué sería de los pobres ruiseñores de la sierra? ¿qué de las miserables hormigas? ¿qué de los innumerables abejorros que en esta *soledad augusta pueblan la sombra de rumbos*.

CLXIII

Añadido á la natural pesadez de Jeremías el sofocante calor con que se nos está metiendo la cáncula por las puertas del cielo, se hace insupportable la lectura de la Biblia, y como ella de por sí es la cosa más vana y huera de este mundo, que se descataloga á toda prisa, conviene abreviar comentarios y finiquitar cuentas con Jeremías, que está dando las boqueadas. Digo, el propio y mismo Jeremías, siglos hace que las dió: ha de entenderse, pues, que lo que agoniza y muere es el libro que escribió, en cuyos tres últimos capítulos, á fuerza de rebuscar, hallo los interesantes disparates que siguen:

«Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad.»

¡Un cuerno! exclamó cierto pollo que esto me oyó leer: eso de los yugos sólo cumple á los bueyes.—Y á los buenos católicos, amigo mío, le repliqué; que no se pescan truchas á bragas en-

jutas ni se entra en el reino de los cielos [sin haber ejercido de manso aquí en la tierra.

«¿Quién es el que dijo, que se haría algo, no mandándolo el Señor?»

Cualquiera podría decirlo y tendría razón; pero conviene dejar el aforismo intacto y sacar las consecuencias teológicas. ¿Ves á un malvado acechar en la sombra a un hombre de bien, y, al pasar éste, lanzarse el miserable sobre él, puñal en mano y derribarle en tierra cadáver?—Pues en aquel momento, acuérdate de esto que dice el profeta *nada se hace sino por mandamiento del Señor*, y guárdate de ir contra la divina voluntad, si por acaso quieres vivir como perfecto católico.—¿Ves un desdichado cojo, manco, tuerto, gangrenoso, tendido en el camino, implorando la pública caridad?—Pues toda aquella lástima es obra y mandamiento del Señor, que como tal debes respetar, etc., etc., por que la materia es inagotable en beneficio de la estupidez y de la perversidad humanas, á que sin embargo han sabido poner los propios hombres sus límites y riberas, proclamando otras sentencias, como «fiat de la Virgen y no corras,» «ayúdate y Dios te ayudará,» «á Dios rogando y con el mazo dando» frente á estas de que todo es santo y respetable por proceder de la divinidad, que en nada debe ser contrariada por el buen católico.

«Pusiste nube delante de ti para que no pasase oración.»

Esto es simplemente cómico. En vez de taparse las orejas con algodones para no oír, Jehová se envolvía en una nube. El buen señor no conocía siquiera ese ingenioso aparatito que se acaba de inventar para sustraerse á los ruidos que no agraden ó no conviene escuchar. ¡Si andará atrasado de noticias científicas el buen Dios de los judíos!

«No creyeron los reyes de la tierra, ni todos

»los habitantes del mundo, que entraría el adversario y el enemigo por las puertas de Jerusalén.»

Esta pertulancia ha sido común á la mayor parte de los pueblos, que, como los judíos, vieron tomadas sus ciudades por quienes menos se habian figurado que pudieran atacarlas. Por esto no conviene ser arrogante y echársela de bravo, pues á lo mejor sobreviene un cualquiera que le mide al petulante las costillas con garrotes de á vara.

Después de esto ¿qué caso haremos de las profecías puramente palabreadas de D. Emilio Castelar en beneficio de la monarquía? De las frases corrientes *rey de los oradores* ó *reina de la belleza*, deduce el conspicuo hombre de Estado, entreverado de realista y republicano, que la monarquía tiene asegurada la pitanza por luengos años en España máxime si se establece el sufragio universal bajo el patrocinio de Sagasta, que le llamó derecho inaguantable y trajo diputados con invención de pueblos en el mapa?

Decir de ellas que son la última expresión de la tontera humana, pues si á palabras fuésemos, también se dice *el rey de los gitanos*, *real paliza*, *reina de las cigarrerías*, *príncipe de los colilleros*, infante de uno que anda á pie por falta de caballo, y caballero del que huele á cuadra; de donde podríamos deducir donosas consecuencias para la República, si no supiesemos que en ésta, como en todas las cosas humanas, la verdadera reina es la moda; que el hombre de *Rey*, tan respetado en Roma hasta los Tarquinos, le hizo execrable desde que Bruto hizo una de las suyas.

Recargando Jeremías sobre los profetas, que como del oficio conocia á fondo y sobre los sacerdotes, que le caían cerca de modo de parientes, escribe.

Por los pecados de sus profetas y maldades de sus sacerdotes, que derramaron en medio de

ella la sangre de los justos... suplase... hizo Jehová estas barrabasadas en Jerusalén; á lo que no cabe otro comentario que el de los sacerdotes y profetas, libera nos domine, que tengo escrito en muchas partes y dejaré de escribir hasta la total y completa deseñalización de España, para que ni el más cerrojo pueda llamarse á engaño en este delicado asunto.

«El resuello de nuestra boca, el Cristo Señor fué preso por nuestros pecados: á quien digimos: á tu sombra viviremos entre las naciones.»

Este Cristo, tan puercamente comparado al resuello de una boca, que pudiera muy bien ser una de esas fétidas cuyo aliento echa para atrás al más valiente, no es ni puede ser otro que el misero Sedecias, preso por Nabucodonosor y transportado á Jerusalén. Esto lo ve y lo siente todo el que no tiene telarañas en los ojos; *cosí va il mondo*, que dicen los italianos; los teólogos quieren que este Cristo sea el otro que prendió Poncio Pilatos y crucificó entre dos ladrones un viernes después de mediodía en el monte de la Calavera, que viene á ser la Montaña del Príncipe Pio de Jerusalén.

Lo cual que me guardaré yo muy bien de impugnarlo ni rebatirlo: Patraña más, patraña menos, no ha de impedir que Martos, cúmplase ó no el emplazamiento que le ha hecho á Sagasta, tenga ya mote como cualquier novillero aventajado; desde que D. Práxedes le ha llamado El Redicha.

Siempre es un consuelo para él haber salido del debate sin partido y con apodo.

En mal hora te *deshonestizaste*, Cristino; y por algo meti yo en la *Revista negra* tu elocuencia cuando áquel discurso de los *relativos que*, con que inauguraste el Ateneo, en el cual me hiciste griego á Espartaco.

Después de profetizar, Jeremías se lamenta,

y últimamente, ora. Su oración, que hace de *laus deo* de sus escritos, viene á reducirse á un *quedido*, en que repite por centésima vez las aperturas en que se vieron los judíos, y pregunta si este amolamiento durará por los siglos de los siglos.

El libro no dice que Jehová contestase á su profeta. Quizá el Altísimo se calló para responder gráficamente á su elegido con algún signo de esos que son un poema, como aquel que dicen reflejaron los espejos de Palacio en tiempo de Isabel II, cierto día que esta augusta señora desahogó por señas su entrañable amor y fina voluntad hacia los progresistas.

Y basta de Jeremías.

CLXIV

LA PROFECIA DE BARUCH

Así como en el orden de Melquisedec se ha visto repetidas veces, mediante la recomendación ó el voto, transformarse una calabaza en monaguillo, un monaguillo en canónigo, un canónigo en arzobispo y un porquerizo en Papa, de la misma manera vemos, en el orden de las revelaciones, que en los momentos de apuro, sin más que un poquito de betún literario, se transforma un amanuense en profeta. Ejemplo vivo de ello fué Baruch, escribiente de Jeremías, no sé si por afición á las letras ó al sueldo que el fraile de Anatok le diese. Lo cierto y seguro es, que la profecía de Jeremías, larga y estrecha como doña Madama Roanza, viene en la Biblia la *Profecía de Baruch*, corta y ruin como conciencia de Católico; sobre lo demás, quiero decir, sobre quién la escribió, dónde se escribió, cuándo se escribió, y sobre si es un libro en sí misma ó un arlequín profético, nada saben los teólogos, que son la gente que, metiendo más ruido en este mundo, ha cascado en él menos nueces.

Lo único que saben es declarar estas cosas revelación auténtica é infalible y cobrar sus nóminas bonitamente á fin de mes, mientras haya mentecatos que se las paguen, cosa que todavía sucederá algunos años, por aquella razón del sabio Salomón de que el número de los tontos *infitus est*.

De seis capítulos consta la Profecía de Baruch. El sexto es una carta de Jeremías á los cautivos de Babilonia, que se debe descontar al aprovechado secretario. Los otros cinco parecen una especie de epístola de los judíos de Babilonia á los de Jerusalem, dividida en cuatro partes á modo de una rosa de los vientos, donde, sin embargo, no sopla otro que el Regañón (así llaman en mi pueblo al que viene del Norte y hace dar diente con diente al más incandescente católico.)

Escrita la carta, Baruch se la lee á sus compinches de cepo en Babilonia, á los cuales produce un efecto desolador.

«Los cuales, oyendo, lloraban y ayunaban, y oraban en presencia del Señor.»

Dios nos libre de semejantes lecturas, cumple exclamar aquí, y reír con toda la boca de estos desastrados judíos, que después del burro muerto, quiero decir, después de bien apaleados y puestos en servidumbre en tierra extraña, se acuerdan de ponerle al rabo la cebada de la oración, el ayuno y los lleramicos. Mejor les hubiera estado cantar, como el tenor en el final de *Norma*,

¡Ah! tropo tarde
T'a conosciutto.

Pero, en fin, después de llorar, rezar y ayunar, los judíos (lo cual es un verdadero milagro) se rascan el bolsillo, reúnen unos cuartejos y se los envían á los curas que se habían quedado trasconejados en Jerusalem, para que con ellos atendieran á la conservación del culto y á la mandatoria del clero.

Hasta aquí, aunque extraordinaria, la cosa puede pasar. Lo que no pasa entre personas decentes es esto, que juntamente les encargan:

«Y orad por la vida de Nabucodonosor rey de Babilonia, y por la vida de Baltasar, su hijo, para que los días de ellos sean como los días del cielo sobre la tierra. Y para que el Señor nos dé fortaleza y alumbre nuestros ojos, para que vivamos bajo la sombra de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y bajo la sombra de Baltasar, su hijo, y les sirvamos á ellos muchos días y hallemos gracia en su presencia.»

Rezar los vencidos por el que les había descalabrado; orar los oradores del verdadero Dios en el templo tres veces santo por el miserable idólatra; besar la mano que azota, es el colmo de la vileza humana. Y hallar esto consagrado en la *Biblia*, ¿qué será? Saca tú lector la consecuencia.

Yo lo único que quiero sacar es mi pluma de este barrizal profético, sin tropezar en él con los fiscales; para lo cual, abreviando, diré que Baruch se muestra tan resignado con su mala suerte, que no hay para qué condolerse de él, ni de los que como él sufrían la esclavitud en Babilonia por voluntad de Jehová, que aparece en esta profecía como el más justo y misericordioso de los dioses barbudos, puesto que los mismos sobre quienes descargó sus iras reconocen que, de haber obrado de otro modo, fuera un Dios alcahuete de toda suerte de pecados y liviandades.

Al que por su gusto se duerme en el suelo, dice un viejo refrán, no hay que tenerle duelo; y no hay por qué yo vaya á quejarme de Jehová, que nada bueno ni malo me ha hecho el buen señor, cuando los deslomados por su diestra poderosa, que además les dió de mojicones y bofetadas, se muestran de él tan satisfechos.

«Al Señor Dios nuestro—dicen de él—la justicia: más á nosotros y á nuestros padres, la confusión de rostro, como este día.»

—Con que tú siempre alegre le decía Gedeón, que se pasaba el día y la noche rascándose un insoportable salpullido.

—Sí, hombre, sí; yo siempre contento.

—Pues, amigo, continúa rascándote; no seré yo quien te desee alivio.

En el capítulo III, el Sr. Baruch filosofa un poquito, á la moda bíblica, sobre el Dios de Israel; y después de disparatar cuanto le viene en mentes, así sobre los gigantes que poblaron en lo antiguo la tierra de Canaán, como sobre las estrellas, que aparecen en el cielo temblando á la voz de Jehová, al huir tira, como el parto, un dardo, que clava en la tetilla izquierda de la Sagrada Teología. Pues dice:

«Este es nuestro Dios... Después de esto fué visto en la tierra y conversó con los hombres.»

¡Y qué más quisieron los Santos Padres! ¿Fué visto en la tierra? ¿Conversó con los hombres? Pues cádate que es el Cristo, y da por cierto que le parió una Virgen en un pesebre; y que vinieron de Oriente Gaspar, Melchor y Baltasar, blanco el uno, negro el otro y morcillo el tercero, para ofrecerle oro, mirra é incienso en el susodicho pesebre; y que tiró de la garlopa hasta los treinta años en Nazaret y después se echó al campo á predicar y convertir el agua en vino, etcétera, etc., etc., pues esto y mucho más encierran y contienen estas palabras de Baruch: *fué visto en la tierra y conversó con los hombres.*

¿Se puede sacar mayor partido en este mundo de una jerigonza.

Tienen fama los judíos de indomables, recalci-trantes, intransigentes y duros. No negaré yo que la merezcan, cuando después de tantos palos como sobre ellos han llovido, todavía andan á caballo sobre el burro de su Pentateuco y de la circuncisión, y de hacerle ascos á la carne de puerco. Pero, ¿de qué nace esta asombrosa ter-

quedad? Dirélo llanamente: de la más fenomenal de las petulancias, después de la petulancia de D. Emilio Castelar. Esos desastrados se han creído de verdad que ellos son los hijos predilectos de Dios, los niños mimados de la humanidad, enterados de todos los secretos del Altísimo y puestos por éste en autos del pleito sobre la felicidad eterna.

Comprueban este mi modo de pensar las siguientes palabras de Baruch, palabras que, más claras ó mas turbias, aparecen en todos los libros de la *Biblia*:

«Dichosos somos Israel, porque las cosas que »á Dios agradan, son manifiestas á nosotros.»

¡Miren ustedes los babiones! ¡Con que las cosas que á Dios agradan son manifiestas á vosotros? ¡pues entonces qué queda para nosotros? ¡los pellejos! ¡Malas tiras de él que os han sido arrancadas en todos tiempos y en todas partes por tan desmedido orgullo! Pero ¡qué digo! ¡Orgullo esto? Quédese en chifladura y estupidéz.

No quiero seguir comentando, porque de hacerlo, fijamente se me escaparía una de esas verdades de á puño, que cuestan ahora á tres y cuatro años de presidio. Además la materia que trata Baruch, está ya agotada por Jeremías. Este, sin salir de Jerusalem, ya profetizó todo lo que aquél escribe desde Babilonia; esto es, que pasado un tiempo que no se señala, aunque la Iglesia lo puntualiza, los llevados á Babilonia volverían á ser traídos á Jerusalem. Los pobrecillos pasaron setenta años de fatigas. Quizá de aquí tomó origen el refrán de que no hay mal que cien años dure, en que fundo mis más legítimas esperanzas republicanas, dado que la farsa constitucional lleva ya setenta y siete años de silba permanente en España.

CLXV

LA PROFECIA DE ECEQUIEL

Allá en mis mocedades, cuando todavía no me hallaba en situación de distinguir una trucha de un barbo hasta después de guisados, caí en la chifladura de considerar á Moret un gran demócrata y un grandísimo orador. Y permitiéndome cierto día elogiar su elocuencia delante del inolvidable Fernando Garrido, como dijese yo en mi tonto entusiasmo, que la palabra de D. Segismundo parecía, por lo fluida y abundosa, un río que corre.

—No te negaré que corra y que sea fluida, me replicó, cortándome el discurso Fernando; pero no como un río, sino como una diarrea.

Aquella comparación cortó el fuego de mi improvisación sobre Moret, que después ha hecho y dicho todo lo necesario para demostrar que Garrido era un excelente crítico, y apaga también cierto rescoldillo de entusiasmo que sentí antaño hacia el profeta Ezequiel, cuya elocuencia comparan los Padres de la Iglesia á la elocuencia de Moret, tal como yo la entendí un tiempo, y quizá no merezca realmente que se le asemeje sino á título de concepto que de ella tenía Fernando Garrido.

Una diarrea de palabras, ó más propiamente de *visiones*, constituyen el fondo de este libro estafalarío, en que un cautivo de Nabucodonosor aflige y martiriza á su compañero de desgracia, mostrándoles continuamente que su castigo y ruina son consecuencia justísima de sus vicios y extravíos teológicos. Abundan en este libro, que pudiera también titularse *Los Ecos de un Calabozo*, las promesas fantásticas de una restauración para *in eternum* de un imperio judío sin límites y sin idolatrías, gracias al nacimiento de un Mesías que le pondría en la espetera de las

naciones. Siempre en las cárceles se habló de libertad y en la abyección de la gloria. Soñaba el ciego que veía y soñaba lo que quería.

Pero no adelantemos conceptos.

La primera visión la tuvo Ezequiel á orillas del río Chobar, que él, si resucitara, podría decirnos cuál es, pues de los intérpretes, unos quieren que sea el Eufrates, otros un brazo de éste y otros el río Chaboras, sin duda porque como el Chobar empieza con Ch, razón excelente á falta de otra mejor. Pero si en cuanto al lugar de la visión estamos confusos, respecto á la fecha en que ella dejó patidifuso al profeta, éste se explicó con toda claridad: fué el año treinta, mes cuarto, día quinto, según escribe Ezequiel; pero como no sabemos á qué cómputo se refieren los treinta años, ni si éstos eran solares ó lunares, ni de cuantos días constaba el mes, resulta un nuevo gatuperio como el del río, que ni el mismísimo diablo, con tanto saber, podría decir siquiera si la cosa pasó en verano ó en invierno, antes ó después de inventadas las zapatillas de orillo ó las peinetas de tres púas.

Aparte de estas pequeñas dificultades geográficas y cronológicas, lo de la visión de Ezequiel, astilla del palo sacerdotal, como hijo que era de un Buzi, sacerdote, aparece llano y sencillo, aunque me obliga á copiar muchas palabras vanas, como las que flordelisean la elocuencia fluida y abundosa de D. Segismundo Moret y Prendergast, presunta calamidad municipal de Madrid en estos momentos.

Pero veamos ya lo que *vió* Ezequiel en aquel tiempo junto á aquel río.

«Y miré, y he aquí que venía del Aguilón un viento de torbellino (quizá fuera más propio decir un torbellino de viento): y una grande nube, y un fuego envolviéndose, y á su alrededor un resplandor: y en medio de él, como apariencia de electro, esto es, de en medio del fuego.»

«Y en medio de él había semejanza de cuatro animales: y el aspecto de ellos era éste, en ellos había semejanza de un hombre. Cuatro caras tenía cada uno y cuatro alas cada uno. Sus pies, derechos, y la planta del pie de ellos, como planta de pie de becerro, y centellas como aspecto de cobre encendido. Y manos de hombre debajo de sus alas á los cuatro lados, y tenían caras y alas por los cuatro lados. Y sus alas se juntaban del uno al otro. No se volvían cuando andaban: sino que cada uno andaba su cara adelante.»

«Y era la semejanza del rostro de ellos: cara de hombre, y cara de león á la derecha de los mismos cuatro: y cara de buey á la izquierda de los mismos cuatro, y cara de águila en lo alto de los mismos cuatro. Sus caras y sus alas extendían en alto; dos alas de cada uno se juntaban, y dos cubrían los cuerpos de ellos. Y cada uno de ellos andaban su cara adelante: donde era el impetu del espíritu, allí iban, y no se volvían cuando andaban.»

«Y la semejanza de los animales, el aspecto de ellos como carbones de fuego ardientes, y como aspecto de hachas encendidas. Esta era la visión, que discurría en medio de los animales: resplandor de fuego, y relámpagos que salía del fuego. Y los animales iban y volvían á semejanza de relámpago resplandeciente.»

«Y cuando yo miraba á los animales, apareció una rueda sobre la tierra, junto á los animales, la cual tenía cuatro caras. Y el aspecto de las ruedas, y la obra de ellas, como la vista del mar: y una misma la semejanza de todas cuatro: y el aspecto de ellas, y obras, como si estuviese una rueda en medio de la otra rueda. Iban constantemente por sus cuatro lados; y no se volvían cuando andaban.»

«Asimismo las ruedas tenían una estatura, y altura y aspecto espantoso: y todo el cuerpo

»llo de ojos alrededor de las mismas cuatro.
 »Y cuando andaban los animales, andaban juntamente las ruedas junto á ellos: y cuando los animales se alzaban de la tierra, se alzaban también las ruedas con ellos.

»A cualquiera parte que el espíritu iba, yendo allá el espíritu, las ruedas también se alzaban siguiéndole. Porque había en las ruedas espíritu de vida. Iban las ruedas, andando ellos, y se paraban, parados ellos: y alzándose ellos de la tierra, se alzaban juntamente las ruedas, siguiéndolos, porque había en las ruedas espíritu de vida.

»Y sobre las cabezas de los animales una semejanza de firmamento, como aspecto de un cristal espantoso, y extendido arriba por encima de sus cabezas. Y debajo del firmamento las alas de ellos derechas, del uno al otro: cada uno con dos alas cubría su cuerpo, y el otro del mismo modo se cubría.»

Respiro un instante, haciendo alto en lo que Ezequiel vió, para copiar lo que oyó Ezequiel, porque el profeta también oyó.

Véase la clase:

«Y oía yo el sonido de las alas, como sonido de muchas aguas (exactamente igual al de muchos ríos), como sonido del alto de Dios (este alto no es una parada): cuando andaban, el sonido era como de muchedumbre, como sonido de campamento: y cuando se paraban se bajaban sus alas (esto no reza con el oído). Porque cuando se formaba voz sobre el firmamento, que andaba sobre las cabezas de ellos, se paraban y abatían sus alas.»

Ahora descansa el oído y vuelve el ojo al ejercicio.

«Y sobre el firmamento, que estaba sobre sus cabezas, había una semejanza de trono como aspecto de piedra de záfiro: y sobre la semejanza como aspecto de hombre. Y vi como una

»apariencia de electro, á manera de aspecto de fuego, por lo interior de él al contorno; desde sus lomos hasta arriba, y desde sus lomos hasta abajo, vi como apariencia de fuego resplandeciente alrededor. Como el aspecto del arco cuando se halla una nube en día de lluvia (no habiendo día de lluvia no hay tal arco). Este era el aspecto del resplandor á la redonda.»

Redonda había yo de tener la cabeza, y no amelonada como la tengo, si me permitiera una sola cuchufleta á modo de comentario acerca de esto que vió y oyó Ezequiel junto al río Chobar, y lo titula *La Gloria de Dios*. Quédese ello intacto, conforme aparece en la *Santa Biblia*, perfectamente distribuido en versículos, para conformación del refrán: *No todos los locos están en Leganés*.

¿Cuántos cientos y miles de españoles y extranjeros, por ver y oír mucho, mucho menos de lo que vió y oyó Ezequiel, no fueron á dar con sus huesos en un manicomio? ¿Cuántos por delito menor que el de anotar esto, con pretensiones de hacerlo inteligible, no fueron por la santa inquisición quemados vivos, ó en estatua, por brujos y nigrománticos? Sin embargo, á este famosísimo querubín de Ezequiel, Víctor Hugo mismo le llama formidable, y Lutero, cuando pensaba en él, daba diente con diente, yéndose á buscar el buen exfraile á la bonita exmonja que tomó por mujer, para que se le pasara junto á ella el susto. Voltaire le tomaba en broma y se reía de él llamándole el coco. Aunque admirador de Víctor Hugo, y benévolo con Lutero, si quiera por descalzaperros que les armó al Pontífice Romano y al Emperador Carlos V, respecto al querubín este de Ezequiel, soy de la opinión de Voltaire, y hago lo que él.

CLXVI

Dejé por el mes de Julio á Ezequiel, el tercero

entre los profetas llamados mayorés (según el orden de los despropósitos), disparatando á todo vapor sobre ciertas maquinarias que diz que vió por los aires, allá en tierra de los babilonios, que, aunque cae muy apartada de Babia, debe semejársele en poner á los hombres turulatos, dado que Ezequiel acusa haber contraído en ella cosa así como una perlesta cerebral, que le hacía discurrir en forma de escalofrío y por modo de repeluzno.

Creía yo que en estos dos meses, que le he dejado descansar en la *Santa Biblia*, bien impreso y elegantemente encuadernado, en tanto holgaba yo mismo á la fresca sombra del monte Urgull, se había mi buen profeta aliviado. Pero está visto, que el que resbala en punto de chifluras, máxime si tocan al hito de la teología, va dando de trompicones, sin que haya Esquerdos ni Simarros que puedan detenerle, hasta estrellarse de cabeza en lo Absurdo y meterse hasta el cuello en lo Ridículo.

Ezequiel empezó por ver una monstruosidad; pero como en sueños un hombre, sin dejar de estar cuerdo, puede ver y ve con frecuencia las cosas más disparatadas, no le calificué de loco, esperando á fallar sobre él, á cuando estuviese despierto y ejercitase el oído y otros sentidos algo más positivistas que el de la vista.

Pero ¿qué haré yo, en justicia, con un mozo como éste que, acabando de describir sus visiones-esperpentos, dice grave y entonado como un doctor en filosofía huera, á lo Orti Lara?

«Oí la voz de uno que hablaba. Y me dijo: »Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré »contigo. Y entró en mí el espíritu, después que »me habló, y me puse sobre mis pies.»

En pocas palabras se contiene aquí un curso completo de esa literatura cursilona que estuvo un tiempo en moda entre revolucionarios de la especie mema. *Hijo de hombre* es frasecilla que

llena la boca y huele á inspiración, predestinación y demás chocheces de los que imaginan que, basta y sobra para que un pueblo se emancipe, redima y engrandezca, que alguien en una guardilla, á la luz de una mala vela de sebo, vacío el estómago y llena de vientos la cabeza, escriba con los mejores deseos del mundo un folletito, en que se truene y relampaguee contra los tiranos, á reserva de dar en el mismo prestigio, autoridad y fuerza á lo que constituye la esencia de la tiranía.

Contiéndose además un curso acabado de gimnástica. Ezequiel estaba echado en tierra. Uno le habla. Este uno, con sólo hablarle, rebozado en la palabra le mete (discretamente se calla el agujero por donde) dentro del cuerpo un espíritu que, desdoblándose y estirándose, se embute en las canillas del profeta y logra poner á éste tieso y rígido sobre sus pies. Digo yo que este mismo le hubiera puesto *sobre su cabeza*; y si no me engaño, este espíritu es el verdadero espíritu gimnástico, el espíritu de las zapatetas, volteretas y saltos mortales dobles y sencillos, que descoyunta á las criaturas para hacer de ellas los grandes clowns de nuestros circos, y esas donositas amazonas que, de pie sobre sus caballos franceses, reducidas á la mínima vestimenta imaginable, atraviesan media docena de aros de papel en un sólo salto de sus robustas pantorrillas.

A este espíritu debe encomendarse en sus oraciones de la noche el Sr. Becerra, ministro gallego y restaurador de la gimnasia en ambos mundos, y á él ha de deber, sino me equivoco, esa difícil facilidad con que ha saltado de demagogo republicano á monárquico amadeista, y después otra vez á republicano, para venir á parar en borbónico de la regencia, siendo un Leotad de la política, á pesar de su patosidad y contextura de *traidor del agua*, como llama mi chico al aguador.

Aun hay más, mucho más, en este texto; y es la aprobación definitiva y canónica del *espiritismo* por la *Biblia*, pues un ciego ve que esos espíritus que entran en los cuerpos de los hombres, en alguna parte han de estar antes de meterse, esperando la voz y el conjuro del *medium*. Ahora que explique mi querido vizconde de Torres-Solanot, cómo y porqué el espiritismo, aprobado aquí y en mil otros pasajes de la *Biblia*, ha sido y es anatematizado por la Iglesia con más encono y furor que todas las demás herejías; pues lo que yo pienso en este punto es demasiado fuerte para la Iglesia, y no quiero meterme en líos de nuevas denuncias ahora que van á sentenciarse las viejas.

Inmediatamente que Ezequiel siente dentro de sí el espíritu, que no puede decir por dónde se le había metido, experimenta un hambre atroz, y, por comerse algo, se come un libro que le presenta una mano invisible. Y no creas, lector, que esto sea una figura retórica, no, ¡vive Dios! Ezequiel se traga el arrollado pergamino, ¡Buenas tripas le pondrían aquellos pellejos de burro recurtidos!

Hecha la digestión, cátele un cumplidísimo profeta, que, por orden del mismo que le había mandado comerse el libro á bocado limpio, coge un *ladrillo*, ó, como quieren los comentaristas, huyendo de burletas, un *adobe*, en que pinta la ciudad de Jerusalem. Una vez pintada Jerusalem en el adobe, y siempre por orden de Jehová, Ezequiel coge una sartén, con la que rodea el adobe, entreteniéndose en disparar desde este originísimo adarbe todo género de proyectiles sobre la figurada ciudad maldita, porque todo este juego disparatado y sucio del adobe y la sartén, quiere teológicamente significar que Jerusalem sería situada, tomada y arrasada. ¡Cosa más necia!

Pues no es esta la mayor necedad, sino la que sigue.

Y consiste en que Jehová le ordena á su profeta dormirse trescientos y noventa días sobre su costado izquierdo, lo cual, si bien lo piensas, lector, es una de las pijoterías mayores que un dios ha podido discurrir para desazonar á una persona. Porque ¡qué cosa más fácil, una vez dormido un hombre, que darse media vuelta en la cama sin saber lo que se hace! Pues por todo alivio de esa desazón, que le impone á Ezequiel por cuenta de la maldad de los israelitas en la cual el infeliz parte ninguna había tenido, Jehová le encarga que, cumplido lo del izquierdo, se duerma sobre el derecho una cuarentena, todo ello por simbolismos estrafalarios y *majaderanos*, si los hay.

A la desazón del mal dormir, el pobre Ezequiel tuvo que juntar la amoladura del peor comer, pues durante los trescientos noventa días del derecho, que hacen justas y cabales cuatrocientas treinta noches de empalamiento y anquilosis, el Señor Jehová le ordena ayunar á pan y agua, con la puerca condición de tener la torta escondida debajo de un montón de *estiercol de hombre* (textual), antes de comérsela.

Aunque pachorrudo y dispuesto á toda clase de mortificaciones por oficiar de profeta, Ezequiel, ante el olorcillo que forzosamente había de coger su torta en tal armario, vacila y se queja. Todo lo que puede conseguir del Misericordioso es que, en vez de cocer la torta con estiercol de hombre, la cueza con estiercol de buey.

Algo es algo, exclama el profeta novato en un momento de satisfacción; pero como la alegría dura poco en casa de los teólogos, acto seguido Jehová le manda afeitarse á punta de navaja toda suerte de pelos, así los de la barba como los de la cabeza, y el pobre Ezequiel hubo de pasar las de Cain para depilarse y cumplir la gerigonza siguiente que le fué ordenada.

Pesar con toda escrupulosidad los susodichos

pelos y hacer de ellos tres partijas exactamente iguales. Una de ellas debía quemarla á fuego en el adobe que representaba á Jerusalem, que de adobe, digo yo, si el fuego fué mucho, se transformaría en ladrillo. Con la otra parte le manda hacer lo siguiente: *y la cortarás en su contorno con cuchillo*; y como no lo entiendo, lo dejo en texto para satisfacción de creyentes. La parte que quedaba le mandó Dios que la echase al aire, quedándose, empero, con unos cuantos pelos capitanes, bien ataditos y guardados en el canto de la capa, de los cuales todavía debía quemar unos pocos, para que de su fuego saliese fuego que quemase á Jerusalem.

Con cuyas jerigonzas y porquerías doy fin á mi anotación del día de hoy, porque el olor del pelo quemado me produce vértigos, como se los produce á Sagasta y la turba fusionista ver que llega la última legislatura de las Cortes con que nos han venido cuatro años entreteniendo á tiriros y troyanos, y que el mal sainete representado tiene forzosamente que acabar de alguna manera.

Probablemente á farolazos, como el rosario de la Aurora.

CLXLII

Hechas las expresadas necedades y porquerías, Ezequiel entra lisa y llanamente á profetizar, por todo lo largo y ancho de dos capítulos, que la tierra de Israel sería assolada y hechos los ídolos, que en sus montes y collados oficiaban de dioses, no menos añicos que hizo la espada de Don Quijote á los reyes, emperadores y paladines del retablo de maese Pedro.

No seré yo quien me meta á comentar semejantes disertaciones, que nos sabemos de memoria por los libros, ya comentados, de Isaías y Jeremías; porque esta materia profética tendrá poco de bueno, pero tiene menos aún de nuevo.

Jehová se repite deplorablemente. No sabe salir, al revelarse de aquellos lugares comunes del *te haré y te aconteceré y te meteré el brazo por la manga*.

Pero si Jehová es pesado y muchachón y no sabe salir del círculo viciosísimo de amenazar y más amenazar, Ezequiel tenía ocurrencias verdaderamente originales, cual la de viajar por los aires, transportado de Babilonia á Jerusalem por la mano formidable del Altísimo, que le agarra, al efecto, de una guedeja de su raída cabellera.

No quiero dejar este posesivo *su* en la triste indeterminación de que padece en castellano, sino advertir puntualmente que la cabellera raída es la de Ezequiel, á quien dejó afeitado á punta de navaja el cuero cabelludo en la *nota* anterior. Quizá algún lector travieso y juguetón imagine que esto es un gazapo; mas advierto al que tal piense, que eso de reparar en pelos es una insulsez. Puesto á hacer el milagro del viaje aéreo, ¿qué pudo costarle á Jehová untar á su profeta el occipucio con aceite de bellotas, con savia de coco ecuatorial, y hacerle brotar en un par de minutos la guedeja, que para mayor comodidad del transporte parece necesaria?

Agarrado, pues, por el cogote, lleva Jehová á Ezequiel de Babilonia á Jerusalem y le planta delante del famosísimo templo, donde el profeta de la torta ve á sus paisanos hacer en diversas habitaciones del sacro edificio las abominaciones siguientes:

Sesenta ancianos con sesenta incensarios, están ahumando poquito á poco toda una colección de zoología pintada en las paredes.

Una caterva de mujeres está llorando hilo á hilo al bello y desgraciado Adonis.

Veinticinco hombres, vueltas las espaldas al atrio del templo, y las caras á Oriente, hácenle jeribeques al sol.

Y á la vista de estas cosazas, que significaban

sencilamente la contaminación de los judíos en los varios cultos de sus convecinos, Jehová se exalta y le dice á Ezequiel, que mira aquello con el morro torcido y fruncido el ceño, que de aquel templo y de aquella ciudad y de aquellos hombres y mujeres hará, cuando llegue la hora propicia, no mangas y capirotos, sino morcillas y salchichones.

Al efecto—y siempre en visión—resuena una gran voz y aparecen seis mozancones, armados de distintas armas, á quienes acompaña un hombre vestido de lienzo, que llevaba colgado de los riñones un gran cuerno, que le servía de tintero.

Dios entonces manda al del cuerno que pinte una T en la frente de los poquísimos jerosolimitanos que tenían vergüenza, y á los mozancones que maten á todos los que encontrasen sin la susodicha T pintada en la frente.

Comienza la degollina, y, en cumplimiento del mandato divino, los mozancones matan «al viejo, al jovencito y á la doncella, y á las mujeres, hasta que no quedó ninguno, y profanaron el templo y llenaron sus patios de cadáveres.»

Ezequiel, dando diente con diente ante tan favorable espectáculo, intenta formular una demanda de perdón; pero Jehová, hosco y feroz, le dice algo que, traducido á la lengua vulgar, significa: «No he de dejar ni una rata.» Después aparece el de los lienzos, que llevaba el tintero de cuerno, y dice á Jehová *servidor de usted*, con la propia entonación que un barbero de mano pesada al parroquiano, que acaba de descañonar.

A modo de linterna mágica, esta profecía de Ezequiel nos presenta un montón de abigarradas visiones. Tras esta de la degollina, reaparece la maquinaria aquella vista á orillas del río Chobar; pero tan confusa y desdibujada, que fuera locura comentarla como fué indudablemente locura el escribirla.

Con todo, dice que Ezequiel ve en la puerta del templo un veinticinco de pillos, contra los cuales le manda Jehová profetizar, haciéndole el tan á lo vivo, que á la mitad del discurso cae muerto panza arriba un tal Feltias, picaro de los gordos, en materia de prevaricación.

Ezequiel, en vista del efecto pestilencial de sus profecías, comienza á llorar; pero Jehová le alienta á seguir hablando y matando, con lo cual se acaba el cuento y la visión también, hallándose el profeta luego en su casa de Babilonia tan descansado del viaje como se halló Don Quijote del que hizo á Ceilán en el famoso Clavileño.

Usando de aquel gastado artificio de los malos sainetes, en que el payaso, según la acatación, *hace que se va y vuelve*, Ezequiel sigue profetizando, haciendo que se marcha de Babilonia, y quedándose allí. Saca sus trebejos, horada la pared, espera la noche y se hace sacar de casa en hombros, para todo ello es para figuración y mentirijillas, para significar que el rey Sedecías sería preso en Jerusalem y llevado cautivo á Babilonia, con una porrillada más de calamidades que le habían de suceder al dicho rey y á sus vasallos.

Sin tanta metáfora y sin tantas figuraciones ni circunloquios nos tiene profetizado todo esto Jeremías, viniendo á ser Ezequiel un plato de segunda mesa, que no creo digno del paladar de mis lectores.

Adelante, pues.

Tan de segunda mesa es este plato, que me hallo un capítulo XII en que se truena contra los falsos profetas, lo cual resulta un fiambre á estas alturas, trasnochado y repodrido. Tras este fiambre viene un embuchado. Varios ancianos se proponen tentarle la paciencia profética á Ezequiel, que por orden de Jehová les acusa las 40 de sus infinitas picardías. Pero dirá el

lector ¿y eso es embuchado? No, por cierto; eso de anunciar barbaridades es corriente en los profetas. El embuchado le señalo en el versículo XIV de este capítulo XVI también, donde dice:

«Y si estuvieren en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job...»

Daniel, lector amable, no profetiza hasta después que se le acaba la hebra á Ezequiel; pero aunque le fuese coetáneo ó anterior: ¿qué orden cronológico es este de colocar á Daniel entre Noé y Job, que, cuando Daniel andaba en la cueva de los leones, hacia muchos, pero muchos, años, que habían entregado á la madre tierra el uno la boca con que se emborrachó, y el otro la piel que tanto tuvo que arrascarse con las uñas?

Pues ve ahí el embuchado.

Tras el embuchado, viene esta tontería:

«Hijo de hombre, ¿qué se hará del árbol de la vid, más bien que de todos los árboles de los bosques, que están entre los árboles de las selvas? (Ni la vid es propiamente un árbol, ni los árboles de los bosques se diferencian de los de las selvas). ¿Por ventura se tomará de ella un palo para hacer obra, ó se labrará una estaca para colgar de ella cualquiera trasto? (Mejor tradujera el P. Scio cualquier trasto.) He aquí que fué dado al fuego por cebo: las dos partes de él consumió el fuego, y lo de en medio de él se redujo á pabesa: ¿por ventura será útil para alguna obra?»

Tantas palabras huecas y vanas sobre un miserable sarmiento, y otras que no copio, sólo valen para establecer la sandia comparación de que el pueblo de Israel, como tal sarmiento, no sirviendo para nada útil, será consumido y trastornado.

Y los sueños y dislates de ese pueblo sarmiento traigan todavía zarandeada la humanidad en

materias religiosas, ¿no está indicando claramente la necesidad urgentísima de pasar una esponja sobre el presupuesto de culto y clero, en que esos sueños y dislates toman el cuerpo real y efectivo de 142 millones de reales sacados del bolsillo de los españoles?

Si, ¡vive Dios! aunque D. Emilio Castelar, después de oír contritamente su misita de católico advenedizo y librepensador avergonzado, nos amenace con un discurso buñuelo, de esos en que revuelve á Bismarck con las seguidillas gitanas, y prueba con la Eta y el Pelión, cubiertos de opalinas nubes, que la patria de Numancia y el Cid, de José María *el Tempranillo* y de *el Mertuza*, está condenada á sufrir los desafueros de su caduca elocuencia y gozar las bienaventuranzas de un remado casi secular de D. Alfonso XIII de Borbón.

LXVIII

Castelar, harto de darnos la lata á los republicanos españoles con la evolución superorgánica, que ha venido á parar en una misa oída por el gran tribuno—como hemos convenido en llamarle—allá en tierra de Alicante, y en una docena de votos en favor de Sagasta cuando la ocasión se presenta en el Congreso, les está dando ahora la misma lata á los republicanos franceses, oficiando de grande hombre en París, para decir las más grandes vulgaridades que han hecho funcionar el telégrafo eléctrico en los últimos veinte años.

No menos aficionado á dar latas que Castelar es Ezequiel; pues hoy se nos descuelga el bueno del profeta con una carta, ó lo que sea, de 63 versículos justos y cabales, en que pone á Jerusalén en figura de mujer, como ponían nuestros antiguos alcaldes corregidores á las mozas del partido que se desmandaban; esto es, en cueros vivos, para darlas azotes sin estorbos de faldamenta.